

Tu danza es como un vértigo: mareá...  
Son tan raudos tus pies que no parecen  
tocar los terciopelos de la alfombra.

Y en la noche sin fin que te rodea  
tan sólo tus pupilas resplandecen  
cual dos chispas de fósforo en la sombra.

II

El poema del desierto

*A Goy de Silva*



I

Iba muerto de sed. La tarde huía  
en su corcel de fuego hacia el Poniente  
cuando te oí cantar. Tu voz tenía  
un trémulo frescor de agua corriente.

Desgreñada palmera proyectaba  
la sombra azul de sus encajes sobre  
el brocal donde, lenta, se llenaba  
de agua y de luz el ánfora de cobre.



En tus crespos cabellos fenecía  
la ilusión del crepúsculo escarlata  
en un temblor agónico y cobarde,

y en el fondo del pozo se veía  
brillar como una lágrima de plata  
el lírico lucero de la tarde,

II

—Calma la ardiente sed que me sofoca—  
te dije arrodillado y balbuciente...  
Y acercando tu ánfora á mi boca  
me diste de beber patriarcalmente.

Y te fuíste... En tus rizos se extinguía  
la última llamarada del Poniente...  
Cantabas al partir... Tu voz tenía  
un lejano frescor de agua corriente.



Y no te he vuelto á ver... ¿En qué camino  
ofrecerás tu agua al peregrino?  
De mi labio febril la sed saciaste;

mas ahora, ¿en el brocal de qué cisterna  
conseguiré saciar esta ansia eterna  
que en el fondo del alma me dejaste?

### III

En la paz del desierto solitario  
bajo la asfixia y el dolor me pierdo,  
sin más amigo que mi dromedario  
y sin otra ilusión que tu recuerdo.

¡Cuántas veces, la sed del labio ardiente  
sació una virgen bajo alguna palma;  
mas no apagó la sed que por ti siente  
la eterna calentura de mi alma!



El eco de tu voz suena en mi oído  
mucho más dulce cuanto más perdido...  
Y lento y melancólico me pierdo

en la paz del desierto solitario,  
sin más amigo que mi dromedario  
y sin otra ilusión que tu recuerdo.

III

**El poema del opio**

*A Ricardo Baeza*